

EL AÑO LITÚRGICO

INTRODUCCIÓN

"Déjame mirar el calendario," es la respuesta a un buen número de preguntas que hacemos tales como : "¿En qué fecha estamos?" "¿Cuándo salimos de vacaciones?" "¿Cuándo es mi cita con el médico?" Y no sólo para cosas en el futuro. Cuando reemplazo mi calendario en el año nuevo, siempre miro hacia las páginas usadas y me hacen recordar las cosas ocurridas el año pasado: la visita familiar que disfruté o tal vez la visita al hospital que no disfruté. ¿Cómo planificaríamos nuestras vidas sin un calendario? ¿Cómo sabríamos dónde nos ubicamos en el tiempo o hacia dónde nos encaminamos?

Aun antes de tener calendarios escritos, nuestros antepasados trataron de entender el mundo natural empleando los movimientos del sol en el firmamento y las fases de la luna. Estos fenómenos naturales marcaban tiempos importantes para la gente tales como la siembra y la cosecha. Estos importantes momentos también hubieron de influenciar las celebraciones religiosas. En tiempos más recientes, el sol y la luna han sido reemplazados por el reloj de pulsera digital y el reloj atómico, pero no queda duda que las mediciones del tiempo y las estaciones nos son aún necesarias para entender el mundo que nos rodea. No menos ciertos son nuestros intentos en el aquí y el ahora de entender al Dios que nos creó.

Jesucristo: ayer, hoy y siempre

La Iglesia siempre ha enseñado que el Hijo de Dios quien vino a salvar al mundo también es un ser humano. Semejante a nosotros, Jesús hizo uso del mundo material para revelarnos a Dios.

De hecho, Dios continúa usando el mundo material hasta hoy cada vez que agua, óleo, pan, vino y otros elementos físicos son usados para celebrar los sacramentos.

Obviamente, Cristo no sólo entró en nuestro espacio, sino en nuestro tiempo también. Al hacerse uno con nosotros Cristo santificó a toda la Creación, y al entrar en la historia humana santificó todo el tiempo: el pasado, el presente y el futuro. Por tanto, podemos buscar la presencia de Dios tanto en el mundo que nos rodea, como en los cambios que ocurrieron en nuestro medio ambiente con el transcurso del tiempo. La Iglesia hace uso del paso del tiempo y las estaciones que sirven para recordar el gran ciclo de la vida, muerte y resurrección de Cristo. "Dios nuestro, que por medio de tu Hijo venciste a la muerte y nos has abierto las puertas de la vida eterna..." (La oración colecta de la Misa del Domingo de Pascua)



El Calendario Litúrgico es una crónica del cuidadoso uso que Dios hace de nuestro tiempo como instrumento de la sagrada presencia de Cristo entre nosotros. Nos recuerda que Dios aprovecha todo tiempo para estar con nosotros, no sólo en esporádicos momentos en el curso de la historia de la salvación. Cuando, por ejemplo, el pueblo judío se reúne para la Pascua, recuerdan una realidad histórica: que una vez ellos fueron esclavos en Egipto y que escaparon con la ayuda de Dios. Recuerdan este acontecimiento al transformarlo en símbolos tales como la comida especial, amarga y dulce, y mediante el uso de ritual, canto y oración que representan el acontecimiento de

la Pascua de modo que ellos puedan afirmar la alianza ahora. Pueden hacerlo porque, si bien la alianza fue hecha en el Monte Sinaí miles de años atrás, aún continúa existiendo hoy. La alianza dura por siempre y por tanto puede ser celebrada todavía.

La realidad del Verbo hecho carne y de la resurrección de Cristo tampoco está encadenada al tiempo, sino que es eterna. Tenemos acceso a ella hoy tal como la tuvieron dos mil años atrás. De hecho, no es el aniversario de un acontecimiento muy pretérito lo que celebramos en Navidad o en la mañana de Pascua, sino más bien es el conocimiento de que esos hechos están presentes para nosotros ahora lo que causa nuestro gozo. “En efecto, si es verdad que el Verbo se hizo carne en la ‘plenitud de los tiempos’ (Gálatas 4:4), no es menos verdad que, gracias a su mismo misterio el Hijo eterno del Padre, es origen y fin del universo” (*Dies Domini*, 8).

Desempacando el misterio

A veces tomamos nuestra creencia en Jesús como Hijo de Dios por descontada, pero cuando nos detenemos a reflexionar sobre nuestra fe en Cristo, nos percatamos de que hay mucho por considerar. Ahí es cuando el año litúrgico ayuda a la Iglesia. El año litúrgico va desempacando para nosotros los misterios de Cristo de manera más legible y más fácil de digerir. Al fraccionar la vida de Cristo en partes se nos hace posible profundizar más en todo lo que Jesús ha hecho por nosotros, lo cual no sólo es importante para la espiritualidad del individuo, sino, de hecho, para la Iglesia entera que en comunidad entra en cada tiempo del año litúrgico y como pueblo se enfoca en los varios aspectos del Misterio Pascual.

El año litúrgico comienza con el tiempo de Adviento que nos lleva hacia el tiempo de espera de la primera venida del Mesías y al mismo tiempo nos hace mirar hacia el futuro mientras aguardamos con esperanza la segunda venida de nuestros Salvador. Entonces nuestros corazones y mentes ahondan en el misterio de la encarnación. El “sí” de María a Dios permitió que la buena noticia de la salvación sea experimentada por todos nosotros a través de su Hijo. Lo llamamos el Tiempo de Navidad que incluye no sólo el nacimiento de Cristo, sino también solemnidades tales como Epifanía y el Bautismo del Señor. Aún así, no basta que él “se despojó, tomando la condición de servidor, y llegó a ser semejante a los hombres”, sino que ahora debemos ponderar un misterio más profundo todavía, “se humilló y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte en una cruz” (Filipenses 2:7-8). La Cuaresma llega, un tiempo de penitencia y caridad, de verdad y debida adoración cuando la Iglesia habla de manera especial con acciones y signos sobre el amor hasta el sacrificio, de Dios por el mundo.

Finalmente, recibimos el don supremo. Somos cargados sanos y salvos sobre las aguas del diluvio; pasamos por el Mar Rojo sin sufrir daño; somos liberados del pecado y guiados en la oscuridad por el pilar de fuego; somos levantados de los muertos. El misterio de la Pascua es todo esto por causa de Cristo, no morimos, sino que ahora vivimos para siempre. Es la última palabra de esta gran historia de nuestra salvación contada en el transcurso del año litúrgico.

Si bien los tiempos del año litúrgico se repiten una y otra vez, no difieren de la famosa cita de T.S. Eliot: “No cesaremos de explorar, y el fin de nuestra exploración llegaremos al punto de partida y por primera vez conoceremos el lugar”. Cada año aprendemos algo nuevo cuando celebramos los tiempos del año litúrgico porque cada año profundizamos más en los misterios de Cristo.

Preguntas para la reflexión:

- ¿Cómo sirve el año litúrgico para ayudar a la gente a comprender los hechos centrales de Cristo, especialmente su venida como uno de nosotros, y su muerte y resurrección?
- ¿Qué tiempo del año litúrgico te ayuda más a crecer en la fe?

Índice

El Domingo: el día cristiano de fiesta por excelencia (2 partes).

Adviento: en gozosa esperanza.

Navidad: la última palabra.

Cuaresma: retiro de 40 días (2 partes).

El Triduo: tres días de oración para celebrar la totalidad del Misterio Pascual de la vida, muerte y resurrección de Jesús (2 partes)

La Pascua: un tiempo de cincuenta días

Tiempo ordinario: la presencia de Dios está con nosotros en nuestra vida diario.